

acompañan perpétuamente sus sensaciones y las percepciones á que dan lugar esas sensaciones, son tan oscuras, y pasan de una manera tan rápida, que ni siquiera las nota; para notarlas sería necesario que pudiese hacer una crítica del espíritu imposible en esta fase primitiva de su desenvolvimiento. Los estados débiles de conciencia que durante el día son postergados por estados vivos, no se hacen aparentes más que por la noche, cuando los ojos están cerrados y los otros sentidos embotados. Solo entonces las funciones subjetivas se revelan claramente, como las estrellas se revelan cuando el Sol se ha puesto. Lo que quiere decir que la experiencia adquirida por el sueño precede necesariamente á la concepcion de un estado mental propio, y que *es la experiencia con la cual la concepcion de un estado mental acaba por constituirse*. Nótese el orden que sigue el encadenamiento: no se pueden interpretar los sueños como lo hacemos nosotros, por lo mismo que no se posee la hipótesis del espíritu como entidad distinta; la hipótesis del espíritu como entidad distinta, no podía existir antes de que la sugiera la experiencia; la experiencia que la sugiere es la que produce el sueño, á saber: una experiencia que parece implicar dos entidades; y en su forma primaria, la suposicion de dos entidades implica la nocion de que la segunda difiere de la primera únicamente en que se ausenta y obra durante la noche, en tanto la otra descansa. Solo despues que ese supuesto duplicado, que en un principio se creía semejante en un todo al original, se ha ido modificando poco á poco perdiendo los caracteres físicos inconciliables con los hechos, es cuando se establece la hipótesis de un yo mental, tal como nosotros lo comprendemos.

Hé aquí, pues, el principio que sirve de germen á la organizacion de que son susceptibles las vagas observaciones del hombre primitivo. Esta creencia en un otro yo que le pertenece, está en armonía con todos los hechos que prueban la dualidad que las cosas ambientes le presentan; tambien lo está con esos hechos numerosos en que las cosas pasan de estados visibles á estados invisibles, y vice-versa. Además, por la comparacion, descubre una analogía entre su propio duplicado y los de los otros objetos. En efecto, esos objetos, ¿no tienen miedo de su sombra? Él mismo, ¿no tiene una? Su sombra, ¿no se hace invisible por la noche? Entonces, ¿no es evidente que esta sombra que acompaña su cuerpo durante el día, es este otro yo que durante la noche vaga en busca de aventuras? Dicho se está, pues, que los Groenlandeses, que como lo hemos dicho, profesan esta creencia, tienen para adoptarla sus razones.

IDEAS DEL SÍNCOPE, DE LA APOPLEGÍA, DE LA CATALEPSIA, DEL ÉXTASIS
Y DE OTRAS FORMAS DE LA INSENSIBILIDAD

Diariamente observa el salvaje que el descanso del sueño ordinario, se cambia de pronto en actividad, cuando por accidente se obliga al hombre dormido á despertar; un ruido, una sacudida, le obligan á abrir los ojos, á hablar, á levantarse. Hasta puede observar diferencias en la intensidad de la causa que provoca el sueño. Así, para despertar, ora basta el más ligero sonido ó el más ligero contacto, ora es necesario un gran estruendo, una sacudida brutal, ó el dolor de un pinchazo. Tambien le muestra la experiencia que, cuando el cuerpo de un hombre yace inmóvil é insensible, basta llamarlo por su nombre para reanimarlo.

Sin embargo, ocasiones hay en que las cosas pasan de otro modo. Así ora se trata de un individuo que da señales de un dolor extremo, y que de repente cae en un estado de inercia; ora se trata de una persona débil que hace un esfuerzo violento, ó que tiene un gran miedo, que experimenta un cambio análogo. Entre esas gentes, la sensibilidad ordinaria no puede restablecerse inmediatamente. En esas circunstancias, el Fijiese llama al paciente por su nombre, y cuando al fin logra despertarlo, se vé reducido á creer que se puede volver en sí á otro nada más que llamando al otro yo; pero no por esto deja de reconocer que esta vez la falta del otro yo no se parece á sus ordinarias ausencias. Evidentemente la produccion de esta insensibilidad particular, que dura por lo comun ménos de un minuto, pero que algunas veces persiste varias horas, viene en apoyo de la creencia primitiva en un duplicado que quita el cuerpo para luego volver; en ese caso, el abandono del cuerpo es más notable que de ordinario, y va acompañado del silencio sobre lo que se ha hecho ó visto en el intervalo.

Nuestra expresion familiar del lenguaje muestra como el síncope suministra una prueba aparente de la primera nocion de dualidad. Así decimos de un individuo que sale de un desmayo, «que vuelve en sí.» La expresion es significativa; pues bien que no nos expliquemos ya la insensibilidad por la ausencia de una entidad que siente, nuestras expresiones prueban que hubo un tiempo en que la insensibilidad se explicaba de esta suerte.

La apoplejía «puede confundirse con el síncope ó el desmayo y con el sueño natural.» Si un médico sábio habla de esta suerte, bien podemos concluir que el salvaje no está en disposición de distinguir entre lo uno y lo otro.

Aquel que cae herido de un ataque de apoplejía fulminante, «pierde por completo la conciencia, el sentimiento y el movimiento voluntario.» Algunas veces la respiración es natural como en el caso de un sueño tranquilo; algunas veces el paciente está acostado, «roncando ruidosamente, como si estuviese dormido en un sueño profundo.» Sin embargo, en uno y otro caso, muy á menudo sucede que el dormido «no puede volver en sí» rápidamente como sucede de ordinario para el que está dormido: ni el ruido, ni las sacudidas hacen en él efecto alguno.

Ahora bien; ¿qué ha de pensar un salvaje que recuerda la experiencia de sus sueños de otro salvaje que caiga en dicho estado, que puede durar algunas horas, y aun á veces algunos días? Claro está que en suma ha de fortalecerse en él su creencia en la dualidad. El segundo yo se ha marchado por algun tiempo, y está durmiendo lejos para que pueda volver pronto; y cuando al fin llega, nada puede saber de la experiencia que ha adquirido durante su ausencia.

Si, como de ordinario sucede, al cabo de meses ó de años, se produce en el mismo individuo una recaída semejante, y por consiguiente, una insensibilidad prolongada también semejante, y un semejante restablecimiento, todavía guarda silencio sobre lo que ha hecho. Luego viene un tercer accidente, la ausencia es mayor que antes, los parientes esperan y esperan, nadie vuelve: el retorno parece que se ha aplazado indefinidamente.

De la misma manera el estado de insensibilidad, llamado catalepsia, se parece, por la rudeza de sus comienzos, pero no por otra cosa, á la apoplejía; es decir, que también dura ya algunas horas, ya algunos días. La pérdida instantánea de conocimiento va acompañada de un estado en que el paciente «tiene el aspecto de una estatua mejor que no el de un sér animado.» Sus miembros permanecen inmóviles en la posición en que se les coloca, parece que falta el agente que los gobernaba; y el cuerpo permanece pasivo en manos de los que le rodean.

La vuelta al estado normal es tan instantánea como la cesación de este estado. Como en la apoplejía y el síncope «no queda recuerdo alguno de lo que ha pasado durante el ataque.» Si se quisieran interpretar los hechos, ateniéndose al sentido que se les daba primitivamente, sería necesario decir

que el otro yo, el viajero, positivamente no cuenta de sus aventuras cosa alguna.

Que esta concepción la poseen los salvajes, de acuerdo con la que ellos tienen de sus sueños, es cosa que se prueba de una manera directa. Los Chimpeus, según nos cuenta Keating, creen que entre las almas que viajan, las hay que «pertenecen á las personas en letargo ó en catalepsia.» Se puede afirmar que una idea de ese género se ha admitido generalmente, si se toma en cuenta el hecho que refiere Mr. Fiske, en su libro intitulado *Los mitos y los autores de mitos*, puesto que «en la edad media los fenómenos de la catalepsia pasaban por pruebas de la opinión de que la alma podía abandonar el cuerpo y luego volver.»

Todavía nos falta citar otra forma de la insensibilidad cuyo testimonio es susceptible de una interpretación parecida; me refiero al éxtasis. Pues al mismo tiempo que el sujeto extático da á pensar que él «no es el mismo,» por cuanto no contesta á las causas de excitación ordinarias, parece que tenga percepciones vivas de las cosas situadas en otras partes.

Algunas veces «el éxtasis suscitado por una completa y sostenida contemplación,» tiene por carácter «una fuerte excitación mental, unida á un estado de conciencia de las cosas ambientales.» Y al mismo tiempo que los músculos están «rígidos y el cuerpo recto é inflexible,» hay «una suspensión total de sensibilidad y de movimiento voluntario.» Durante ese estado que, en ciertos casos, se renueva cada día, «se producen visiones de una naturaleza extraordinaria» que «pueden recontarse con los menores detalles después del ataque.»

Es, pues, manifiesto, que la comprobación de estos fenómenos tiende todavía á fortalecer la creencia primitiva en el duplicado humano, y que una parte puede abandonar la otra; y que esto es así, tenemos hechos para demostrarlo. Al hablar el doctor Callaway de las creencias de los Zulús, describe á los Undayeni como «viendo cosas que no verían fuera del estado de éxtasis;» situación que junto con la que les crea su interpretación de los sueños, hace notorio que las visiones de su estado extático son miradas por los Zulús como experiencias de las correrías del otro yo.

No describiré detalladamente todas las fases del coma (1), cuyo carácter común es un estado de inconciencia más ó menos diferente del del sueño. Lo hay

(1) Del griego *koma*, «sueño profundo.»
Tomo II

de todos grados, desde «un estado de ligero adormecimiento y de pesadez, hasta el de estupor profundo y permanente, acompañado de completa parálisis del sentimiento y del movimiento.» Del simple letargo, que difiere del sueño natural, «principalmente porque es más prolongado,» de la pérdida temporal de conocimiento en la asfixia, y del estupor causado por los narcóticos, pasamos por grados á las formas extremas de que ya hemos presentado algunos ejemplos, y todos pueden ser interpretados mediante la misma hipótesis primitiva.

Pero hay otro género de insensibilidad, de grande importancia por las consecuencias que de él pueden sacarse y del que nos falta hablar; tal es la producida por las lesiones orgánicas causadas por golpes dados directamente. De ellas hay dos variedades; unas que sobrevienen despues de pérdida de sangre, y otras que siguen á la conmocion cerebral.

Cuando hablábamos de la insensibilidad muy conocida, llamada síncope, de intento nos abstuvimos de comprender la pérdida de sangre entre las causas que he nombrado: en efecto, esta causa no guarda visiblemente relacion con las otras. En la vida de violencia que lleva, en sus luchas ya con los animales que caza, ya con sus enemigos, animales ú hombres, el hombre primitivo experimenta á menudo, ú observa en otro, desmayos por pérdida de sangre. No quiere decir esto que él una la causa y el efecto de una manera tan clara. Hé aquí lo que entonces sabe y vé: despues de una herida grave se produce una súbita pérdida de conocimiento; se cierran los ojos del herido, y éste permanece inmóvil y no habla. Durante algun tiempo no contesta de ningun modo cuando se le mueve ó se le llama. Bien pronto el herido «vuelve en sí,» abre los ojos y habla. Que corra nuevamente la sangre de su herida, y al cabo de algunos instantes volverá á desmayarse. Quizás torne á despertar y no pierda otra vez el conocimiento; quizás, despues de haber despertado, se sume por tercera vez en este estado de inmovilidad, ahora tan prolongado que se pierde toda esperanza de que salga de él.

A veces la insensibilidad tiene un antecedente algo diferente. En un combate, un trancazo derriba á un guerrero, ó un golpe de maza asestado con fuerza á la cabeza de un enemigo lo reduce al estado de cuerpo inmóvil. Quizá no estén uno y otro más que aturdidos, y que al cabo de un corto intervalo, durante el cual no contestan ni á las palabras ni á las sacudidas, se «reanimen.» Y bien el golpe ha sido tal vez bastante violento para causar una conmocion del cerebro, ó una fractura del cráneo, y por consiguiente, una presion sobre la sustancia cerebral. Esto es, que puede resultar una insensibilidad prolongada, acompañada de palabras incoherentes y débiles movimientos, despues

de lo que puede venir una recaída en el estado de inconsciencia, que quizás acaba pasado otro intervalo de tiempo, ó que puede continuar indefinidamente.

Combinado con los datos suministrados por el sueño y los sueños, el que nos ofrecen los estados anómalos de insensibilidad, da origen á un grupo de nociones referentes á las ausencias temporales del otro él. Un síncope, interpretado como hemos visto, va precedido con frecuencia en el paciente por sentimientos de debilidad, y respecto del espectador por señales de este estado. Estas señales despiertan la sospecha de que el otro él está á punto de desvanecerse, y un inquieto deseo de evitarlo. Frecuentemente ha sucedido que una persona desmayada se ha reanimado mientras se la llamaba. De aquí la cuestion de saber si no se hace volver en sí al que está para desmayarse nada más que llamándolo. Hay salvajes que sacan esta conclusion. Segun Williams, á veces se oye al Fijiense llamar á voces á su alma para que vuelva á él. El Karen teme perfectamente que su otro yo le abandone: la enfermedad ó la languidez son para él señales de la ausencia del otro yo: se le hacen ofrendas, se le dirigen súplicas para hacerle volver. Mason describe una práctica simplemente extravagante que esta creencia ha introducido en la ceremonia de los funerales:

«Al regresar de la tumba, cada cual se provee de tres pequeños ganchos, hechos de ramas de árboles, é invita á su espíritu á que le siga; de vez en cuando se vuelve y hace un movimiento como para engancharlo, y luego hunde el gancho en el suelo. Esto es para evitar que el espíritu del vivo se quede atrás con el espíritu del muerto.»

Lo mismo sucede respecto de las formas más graves de insensibilidad. Lo más comun es que sobrevengan á las personas que estaban ya enfermas: tales son la apoplejía, la catalepsia, el éxtasis: entonces se establece en el espíritu una asociacion entre las ausencias prolongadas, que existen en estos estados, con las ausencias de que el paciente está amenazado en otras épocas. En los pueblos del Norte de Asia se atribuye la enfermedad á la partida de la alma. Los Algonquinos consideran al hombre enfermo como un individuo «cuya sombra se ha mudado ó separado de su cuerpo.» En ciertas casas, los Karens suponen que cuando un hombre cae enfermo y va á morir, es porque su alma se ha transferido á otro por hechicería.

Fórmanse naturalmente otras creencias relativamente á los hechos y gestos del otro yo durante estas largas ausencias. Entre los Dayaks, «los ancianos y